

“EL HEREJE”

de Miguel Delibes. Ediciones Destino. 1998

Empecé a leer *El hereje* mientras escuchaba en la emisora de música clásica de Radio Nacional el primer movimiento del quinto concierto para piano de Beethoven. Los arpeggios del piano se me antojaban equivalentes a las contundentes expresiones, de un sabio castellano, utilizadas por Delibes, dentro del culto diálogo sobre religión (catolicismo, luteranismo y calvinismo), al ritmo pausado de la embarcación, camino de España, donde suceden las primeras escenas. El barco y el diálogo parecían empeñados en no llegar nunca al puerto, al buen puerto, hasta que la introducción quedase redonda.

La música y la palabra comenzaron a formar un dúo cristalino, pero ambiguo, en mi mente, amistoso pero huidizo, como la pasión, como la amistad imposible, como el desencuentro entre dos personas, entre dos culturas, entre dos mundos separados por un tercer mundo. Porque Delibes es uno de los escritores vivos que, en mi opinión, mejor saben conjugar las palabras “amistad”, “amor”, “tragedia” e “imaginación”, pergeñado todo ello con el mejor castellano que se lee por estos pagos.

Delibes es, además, el único escritor que me ha acompañado durante toda mi vida. Cada nueva novela suya ha sido una fiesta para mí (algo así como en lo que en cine me ocurre con Rohmer o Allen), ya desde que tuve la suerte de leer “La sombra del ciprés es alargada”. Desde entonces aquella historia se ganó un lugar especial en mi biblioteca, lo mismo que les ocurriría a casi todas las tuyas (por citar las más queridas: *Cinco horas con Mario*, *El Camino*, *El príncipe destronado*, *La hoja roja*, *Los santos inocentes* o *La señora de rojo sobre fondo gris*).

En casi todos sus libros existe una lucha casi fratricida entre lo lírico y lo irónico, pero sobre todo existen patentes intentos por desentrañar la verdad de las cosas de lo superfluo y llegar a su esencia, es decir, a la libertad. Y, para mi gusto, *El hereje* no es sólo, seguramente, su testamento literario sino su novela más serena, más sosegada. Es sincera como todas, aunque quizá más sabia. Está tan bien escrita como todas, pero los chispazos de pasión referidos a su querida Valladolid la hacen distinta, única, impagable.

Creo que el segundo movimiento del concierto de piano al que me referí al principio concuerda bien con el nacimiento de Cipriano Salcedo, el protagonista de la novela, aunque él, un tanto grotesco, final de la larga escena queda perfectamente conjugado con el tercer movimiento, allí donde Beethoven añadió una parte un tanto bufada tras las dos cimas anteriores.

Salcedo va a representar el mundo del siglo XVI, sus luchas y contradicciones, sus victimismos y negritudes, una época que sentará las bases, en España, para lo bueno y lo malo por venir. Con Salcedo conoceremos a los españoles, sus más íntimas ambigüedades, pero también sus costumbres, sus relaciones, sus miedos, su propia grandeza y miseria.

El hereje es un libro dedicado a la tolerancia y la libertad de conciencia que comienza con las siguientes palabras de Juan Pablo II a los cardenales (1994): “¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe?. Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violación de los derechos de las personas... Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio”.

Esta es una auténtica declaración de principios para Delibes, y así, creo, deben tomarla todos los lectores de su novela, la novela de un héroe con pequeñas manos, facciones reducidas y correctas dominadas por unos ojos sombríos y profundos, una novela donde la verdad y la cultura marchan unidas (en cierto momento, Delibes, en boca de Salcedo, señala: “La afición a la lectura ha llegado a ser tan sospechosa que el analfabetismo se hace deseable y honroso. Siendo analfabeto es fácil demostrar que uno está incontaminado y pertenece a la envidiable casta de los cristianos viejos”), una novela que describe lo que no tiene que ser, lo que esperamos que no vuelva a ser nunca, aunque desgraciadamente todavía hoy día existan lugares donde se persigue a las personas por no compartir hipotéticas verdades inmovibles, como es lo que le ocurre al héroe de Delibes que nacerá el mismo año en que comenzó la reforma de Lutero.

Por otra parte es una novela que se lee de un tirón, ya que no es la típica novela histórica que se va olvidando de la historia verdadera a cada paso que se cuenta la ficticia (lo que últimamente suele ser muy corriente). Es una novela con la que se aprende a todas horas, ya sea de economía (se describe un incipiente capitalismo), agricultura, política o religión, tal vez porque es de las pocas historias contemporáneas que no se te caen de las manos por falsas o prepotentes, al tratar a los lectores como personas inteligentes y civilizadas, y eso se agradece. Terminé de leer esta historia mientras escuchaba el quinteto *La trucha* de Schubert.

Justo Sotelo Navalpotro

Vicedecano de la Facultad de Económicas y Empresariales
Universidad San Pablo CEU